

Medio	La Segunda
Fecha	20-4-2013
Mención	El rearme de Alicia, la viuda de Adolfo Zaldívar. Mención a los dichos del Rector de la UAH respecto a la acusación constitucional del Ministro Beyer.

EL REARME DE ALICIA, *la viuda de Adolfo Zaldívar*



“La casa está desmantelada, mi vida está desmantelada”, dice la artista, que vivió una historia de amor única con su esposo, el político y ex embajador en Argentina.

Hace 39 años, en este mismo mes de abril, él le regaló anillo. Fue en el día de su cumpleaños. Esta semana cumplió un año más, y por primera vez en tres décadas lo hizo sin recibir el primer abrazo... de Adolfo.

Por Lilian Olivares
Fotos: César Silva

El timbre no suena. Son las siete de la tarde y no hay luces encendidas en la residencia de los Zaldívar Larraín, en Vitacura.

Afuera, un gato espera.

El fuerte y absurdo ¿aló? que uno grita cuando no responde el timbre lo escucha un perro, que comienza a ladrar y pone en alerta a los moradores.

Se encienden las luces de la entrada, se abre la puerta y entra el gato. Lo siguen los periodistas de “La Segunda”.

La casa está desarmada.

Recién en noviembre pasado estuvimos ahí entrevistando al político y embajador en Argentina que murió el 27 de febrero por un cáncer al páncreas. Nos mostró los espléndidos cuadros que colgaban en los muros del living, mientras apreciábamos los muebles de estilo y la imponente mesa del comedor, escenario de tantos acuerdos y negociaciones decisivos para el país, en tiempos en que Adolfo Zaldívar estuvo en el Acuerdo Nacional, luego en la reinscripción de la DC (su esposa fue la primera a quien inscribió), más tarde en la creación del PRI, el partido de los regionalistas in-

dependientes..

Esquivando grandes cajas de cartón y cajones, cruzamos esos espacios de la casa colonial de verdad (con paredes de adobe y tejas no sintéticas) y salimos al jardín, en busca de un lugar tranquilo donde sentarse a conversar con la dueña de casa.

—La casa está desmantelada —dice Alicia Larraín Chau—. Tengo la vida y la casa desmanteladas.

La viuda de Adolfo Zaldívar nos invita a acercarnos a la ventana que da a su taller, el lugar que fue el más luminoso de la casa, donde ella pintaba y creaba mientras su marido hacía sus reuniones políticas. Está igualmente desarmado. Mañana viene el camión de la mudanza y se llevarán todo.

—¿Qué es lo que más echará de menos de esta casa?

—Todo, mi vida. Aquí vivimos 29 años, aquí nació nuestra hija menor, María Antonia. Ibamos a cumplir 39 años de matrimonio...

El reencuentro, y el baile en la Plaza San Marcos, a la luz de la luna

Anda de blanco y negro. Impecable, con el maquillaje preciso para resaltar sus enor-

mes ojos. Preparada, quizás, para la comida que tiene un rato más tarde en la casa de su hija María José, la abogada, la superintendente de Seguridad Social.

Hoy es su cumpleaños, el primero sin Adolfo. Hace 39 años, en un día como hoy, él le regaló anillo de compromiso. Se casaron seis meses después.

Era el destino, el mismo que los separó en su primera juventud y que los hizo reencontrarse, cuando él tenía 31 y ella 30 años, en 1974.

—Nos decían que veníamos unidos desde vidas pasadas. Yo vivía en Colombia, él en Chile. Yo no sabía de él, él no sabía de mí. Pero supo cuando llegué de vuelta a Chile. Me mandó un libro suyo, “Hacia una democracia social”, con una tarjetita que decía:

... ..

“Atentamente”.

—¿Por qué tan fría la nota?

—Para que yo lo llamara agradeciéndole el libro.

—¿Lo llamó?

—Sí. Y de ahí no nos separamos más.

Se habían conocido cuando ella tenía 15 años y estudiaba en el Villa María, y él 16 y estaba en el Luis Campino. La primera vez que él le pidió pololeo, ella le respondió “no me dejan, tenemos que ser amigos”. El le contestó: “No, amigos no. Pololos”. Pronto ella rectificó y le dijo que sí.

Cuando los padres de Alicia se trasladaron a vivir a Estados Unidos, al despedirse de ella Adolfo le dijo: “Le doy lo más importante que tengo”. Le entregó la medalla de la Congregación de María, que él presidía.

—Esta medalla la he andado trayendo toda mi vida.

Cuando se reencontraron, ambos eran separados: el duró 4 años y ella 6. Cada uno tenía dos hijos. Alicia, a María Alicia y a María Magdalena; Adolfo, a Adolfo Jr. y a Ana María.

Por su parte, ellos tuvieron cuatro hijos: María José, la abogada y alma gemela con su padre; Francisco, sicólogo; Juan Pablo, geógrafo; y María Antonia, sicóloga.

—Juntamos 8 hijos que son hermanos muy unidos. Ahora está naciendo el primero de los nietos que va a mantener el apellido Zaldívar. Se llama José Miguel —Adolfo hablaba siempre de José Miguel Carrera— y es hijo de Francisco Zaldívar Larraín y Rosario Elizalde —cuenta, orgullosa.

Sus hijos le regalaron un calendario con fotos en distintas etapas de la vida de Alicia y Adolfo: Bailando en el Club de la Unión, cuando aún eran chiquillos; celebrando 25 años de matrimonio en Italia, en la Plaza San Marcos...

—Bailamos en medio de la Plaza San Marcos, a la luz de la luna.

La menor de los Zaldívar Larraín llega con velas a iluminar la mesa del jardín... Aprovechamos de preguntar-

le si es muy complicado para ella tener una vara tan alta como imagen de lo que es un matrimonio unido. Dice que lo que le demostraron sus padres es “que se puede”.

Alicia Larraín cuenta:

—Cuando ya estaba enfermo en la clínica, me dijo que yo había sido un hito para él en la vida; lo que más había querido. Estaban Juan Pablo y la Peca (Ana María Zaldívar Palma). El era muy afectuoso, con pudor delante de público. Me llamaba no sé cuántas veces al día, me dejaba diez recados y estaba siempre presente. Tengo con él un recuerdo de vida maravilloso, que doy gracias a Dios.

Cuando cerró el capítulo de Buenos Aires, de Adolfo diplomático

La semana pasada viajó a Argentina.

—En Buenos Aires, yo sabía que tenía que ir a cerrar todo, a cerrar ese capítulo de nuestra vida que había sido maravilloso. Quería ir con mis seis hijos, que me han blindado en estos días. Pero los hombres no pudieron, por razones de trabajo. Partí con mis tres hijas.

Lloramos juntas, recibimos todo el cariño impresionante de tantos argentinos. Teníamos allá una red de amistades y de parientes de Adolfo. Era gente cultísima y muy cariñosa. En varias comidas, yo les pedía que por favor no se fueran, porque todo lo que hablaban era muy interesante.

Alicia estudió Arte y Diseño en la Universidad Católica; también, traducción e intérprete en inglés.

—Hablo inglés y francés. Yo era la intérprete de Adolfo.

Después hizo un postítulo de semiótica en la Chile, buscando el significado en las comunicaciones; y luego estudió fotografía.

—Me interesa mucho seguir estudiando. Ahora quiero hacer el doctorado en Arte.

—**¿Y ha tenido tiempo para llo-**

rar?

—Absolutamente. Me lo he llorado todo.

Zaldívar se operó de cáncer en forma urgente el 19 de abril del año pasado. El diagnóstico se lo habían dado el día anterior.

—A partir de ese momento me dediqué absolutamente a él. Lo mío —sus exposiciones de arte por el mundo— quedó en reposo.

—**¿Le dejó Adolfo alguna tarea, una misión?**

—Yo creo que me dejó la tarea de dismantelar la casa, a sabiendas de que todo esto me mantendría muy ocupada. Me tiene tan demasiado ocupada, que no he tenido momento para detenerme.

Ya casi no ocupaban esa casa, donde siguieron viviendo sus hijos Juan Pablo y María Antonia cuando Zaldívar fue enviado como embajador a Argentina. Cuando venían a Chile, generalmente pasaban los fines de semana en la de Cachagua. Adolfo quería que se cambiaran a un departamento. De hecho, hace unos años fueron a ver uno que es justamente el que ahora escogió Alicia para continuar su vida.

Quiere, asimismo, que se preserven los ideales de Adolfo.

—Una de las características muy importantes de Adolfo fue su sentido

social, que lo fue volcando hacia la política para poder servir. Tenía una sencillez notable, porque había vivido muy en contacto con su nana, que lo llevaba a su población. A él lo impresionaba el olor a pobreza, me decía. Siempre tuvo un trato amable con la gente que tenía un lugar más desfavorecido en la vida. Luchó a favor de los derechos humanos, se querelló contra actos de corrupción. Y, sin hacerlo público, ayudaba a muchas personas.

—**¿A usted también le interesa la política?**

—A mí me interesa la política. Me leo los diarios de punta a cabo. Me fascinaba que Adolfo me mostrara todo lo que escribía, y lo que estaba planeando. Eramos una pareja muy ple-

(**Sigue a la vuelta**)

(Viene de la página 29)

na, en todo sentido. Las decisiones importantes, todas, me las consultaba antes. Yo lo impulsé para todo. Para que fuera presidente del Senado, por ejemplo. Me importaba mucho que mostrara la capacidad que tenía para lograr acuerdos. En Argentina estaba haciendo una labor de estadista increíble, con la integración. En política, él era clarividente. Queremos, como familia, llevar este testimonio, esta bandera de su lucha por los ideales.

Sigue:

—Le importaba mucho que en los acuerdos políticos no se perdiera la identidad del partido, sus valores. Uno de los golpes más fuertes que tuvo fue cuando lo echaron del partido. Qué pena que no lo hayan escuchado ni aceptado su posición en ese momento (lo echaron porque no quiso aprobar más fondos para el Transantiago así como estaba), en lo que finalmente el tiempo le dio la razón.

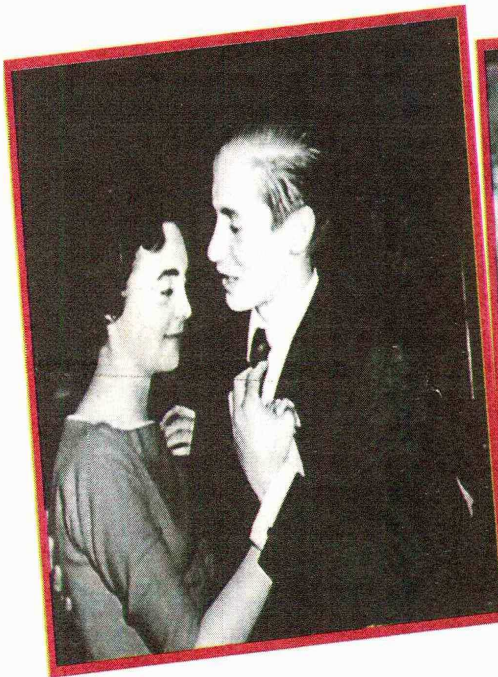
“Ya, pues, le toca a usted lucirse”, le dijo un día a Alicia. Y se iniciaron los viajes de la pintora con sus grandiosas instalaciones de arte, a exposiciones por distintos países... Él siempre la acompañó. La única vez que no pudo fue el año antepasado, en París.

—Donde iba, me hacía una propaganda increíble.. Siempre sentí que Adolfo era un manto protector, como la Cordillera de los Andes.

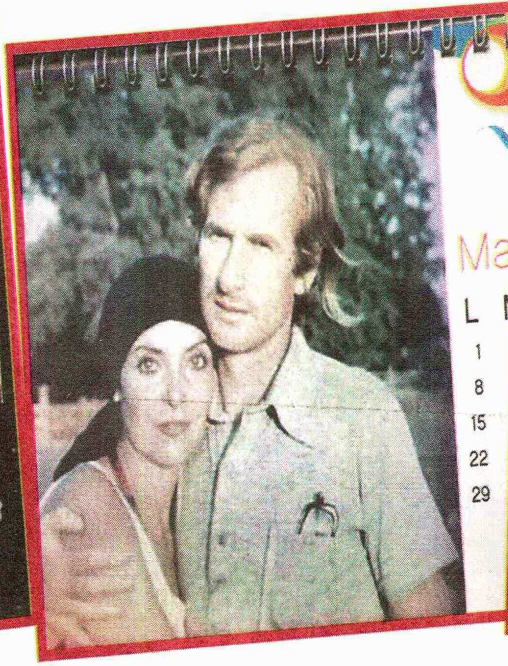
Desapareció ese manto y sus hijos se convirtieron en sus escuderos. También sus amigas, ex compañeras de curso y el grupo de mujeres “La Ola”, de la playa, la han acompañado en lo que Alicia califica como “este maremoto para mí”.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Todos los meses de marzo yo me ponía metas anuales. Ahora estoy viviendo el duelo, en reposo. No es que esté hibernando, pero estoy paladeando todo lo que compartí con Adolfo. Le hablo, le converso siempre. Lo siento absolutamente presente. Yo apoyo igual la mano al lado...pero ya no está.



En el Club de la Unión, cuando ella tenía 15 y él, 16 años.



El reencuentro, 15 años después.



En la Plaza San Marcos, celebrando un nuevo aniversario de matrimonio.

“¿Qué hubiera hecho Adolfo en el caso Beyer?”

“Ahora estoy viviendo el duelo, paladeando lo que compartí con él: Le hablo siempre”



“El está siempre presente... sólo que estiro la mano y no está”.

Abrieron una lucarna en el techo del living, para que entre más luz a los futuros moradores de la casa. En el jardín, la luz natural se fue definitivamente y no es noche de luna llena. Y aunque hay un enchufe que encendía esas antiguas tertulias en torno a la parrilla, los maestros cortaron la electricidad.

Los perros de Adolfo se acercan, husmean, langüetean a Alicia, la miran y se van. A tuestas, la nana de siempre trae café con torta... la torta con que esta mañana los hijos del matrimonio saludaron a la mamá, en el día de su cum-

pleaños.

Los velones iluminan el rostro de Alicia, siempre alerta:

—Me interesa mucho ver cómo van desarrollándose las cosas en el país. Conozco todos los contenidos de los discursos de Adolfo, los tengo a flor de piel, los hacíamos juntos.

—**¿Ha pensado en ocupar usted su lugar en la política?**

—Es que yo no soy política. No soy de conflictos. A mí me gusta la armonía, quizás por eso soy artista.

—**¿Lo hará, entonces, Adolfo hijo, como se ha señalado?**

—No es verdad. Lo leí, pero no

me parece que él, siendo muy talentoso, conocedor del tema político y muy capaz, esté interesado en concentrarse en la política. El es muy buen empresario. Si ha cambiado de opinión, bien por él, pero está en otra cosa.

Se acerca la hija menor, María Antonia, la sicóloga, la que nació y creció en esa casa. No cree que alguno de sus hermanos esté interesado en ocupar el lugar del padre en la política. Dice que una vez fue a una reunión y empezaron las pifias contra el papá y se puso muy nerviosa y vio salir al papá tan campante. El tenía temple político.

El caso Beyer y la clase media

Buena lectora de noticias, Alicia ha seguido al dedillo la acusación constitucional contra el ministro de Educación, que debió dejar el cargo.

—**¿Qué le ha parecido el caso Beyer?**

—El problema de la educación en Chile es principal; hay que enfrentarlo y resolverlo. Pero he leído muchas opiniones esta semana, en general muy favorables a la labor de Harald Beyer. En particular, me gustó la opinión del padre Fernando Montes, rector de la Universidad Alberto Hurtado, que también tenía una excelente opinión de Beyer.

—**¿Cómo cree que habría votado Adolfo si hubiera estado en el Senado?**

—¿Qué hubiera hecho Adolfo en el caso Beyer? Eso, no lo puedo decir yo. No me corresponde.

Aunque lo tiene claro.

Del mundo político le queda, sí, un sabor amargo:

—Qué pena que el reconocimiento a Adolfo, esas ofertas que llegaron a su muerte (como por ejemplo, de devolverle la militancia) no se lo hubieran hecho antes, cuando él vivió. Distinto es si su muerte se hubiera producido de repente.

Lo admiraba en su faceta pública:

—No le gustaba ningún paternalismo, de ningún lado. Le preocupaba la clase media... Adolfo siempre luchó por la identidad del centro.

—**Seguro que se hubiera opuesto a una alianza de la DC con el PC...**

—Sí. Con el PC no, porque son otros los valores. El tenía un ejemplo: “Si usted quiere tomar un cuerpo, ¿por dónde lo tiene que tomar para que haya equilibrio? Por el centro”. Adolfo estaba convencido de que, fortaleciendo ese eje, tendríamos una sociedad más equilibrada en sus oportunidades. El leía mucha historia, y eso es importante porque los procesos históricos en las sociedades se repiten. En el fondo, la vida es una rueda.

